

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

Luc., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 18 Agosto 1906.

Núm. 33.

Catequística.

(Continuación).

Y, pues, ese es el Encargo que Jesús recibió de su Eterno Padre, y su voluntad no es otra, como con marcada frecuencia lo dice, sinó hacer el mandato del Padre que le envió, y que le envió de tal modo, que sólo El es el Enviado para salvar á los hombres, por eso el Apóstol nos asegura que Jesús no quiere otra cosa que nuestra salvación, y que es el único mediador entre Dios y los hombres. «Te ruego, dice á Timoteo, que ante todo se hagan intercesiones, oraciones, peticiones, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están puestos en altura, con el fin de que vivamos una vida pacífica y tranquila, en toda piedad y castidad. Pues esto es cosa buena y muy del agrado de Dios Nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven, y que vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno solo es Dios, y uno solo el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, el cual se dió á sí mismo en (precio de la) redención por todos» (1).

Diremos, por último, que hasta los judíos y los demonios, enemigos de Jesús, se vieron tal vez, sin comprenderlo y llevados por las circunstancias, si bien siempre bajo la acción de la Providencia, obligados á confesar que Jesús era el verdadero Salvador del mundo. Confesó eso clara y públicamente Caifás, aunque él no supiera bien lo que decía; pues cuando deliberaban qué con- vendría hacer con Jesús después de la resurrección de Lázaro,

(1) 1.^a Carta á Timoteo, capt. 2.^o, vers. 1.^o al 6.^o

para evitar que detrás de él se fuera toda la gente, dijo así: «Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que lo que más os conviene es que muera un solo hombre por (librar) el pueblo, y que no perezca toda la gente». Y dice con este motivo el Evangelista: «Esto no lo dijo de sí mismo (con conciencia del alcance que tenía la frase), sinó que, como era pontífice en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por (salvar) la gente (judía), y no tan sólo por esa nación, sinó para congregar en uno (una iglesia) los hijos de Dios que andaban (hasta entonces) dispersos» (1).

Pues la confesión de los malos espíritus bien clara aparece en este caso: «Descendió Jesús á Cafarnaún, ciudad de Galilea, y en ella enseñaba los sábados... y había en aquella sinagoga un hombre que tenía un demonio inmundo, y (al ver el demonio á Jesús) gritó con potente voz diciendo: Déjanos, ¿qué tienes que ver con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido á perdernos? Sé quién eres, el Santo de Dios» (2). El demonio llama aquí á Cristo con el nombre de Jesús, que significa Salvador, y además lo proclama como el Santo por excelencia, que es el que los judíos esperaban como Redentor de su nación; y se queja, por fin, de que haya venido á destruir el poder de los demonios, cuyo ministerio era propio únicamente del Salvador de los hombres, que bajaba del cielo á aplastar la cabeza de la infernal serpiente (3).

Por todo lo dicho, comprender podemos con mucha facilidad y certeza que Jesús es verdaderamente Salvador, y que le cuadra por propia manera el nombre de Jesús, que eso significa.

Luego el nombre *Jesús* es el verdadero y propio nombre de Cristo, «porque los demás (nombres) que se han dicho hasta *ahora*, y otros muchos que se pueden decir, son nombres comunes suyos, que se dicen del por alguna semejanza que tiene con otras cosas de las cuales también se dicen los mismos nombres, (como veremos que es el de Cristo). Los cuales y los propios difieren: lo uno en que los propios, como la palabra lo dice, son particulares de uno, y los comunes competen á muchos; y lo otro, que los propios, si están puestos con arte y con saber, hacen significación de todo lo que hay en su dueño, y son como imagen suya,... mas los comunes dicen algo de lo que hay, pero no todo. *Ansí*

(1) San Juan, capt. 11, vers. 47 al 52.

(2) San Lucas, capt. 4, vers. 31 al 33, y Marcos, capt. I, ver. 24.

(3) En el Génesis, capt. 3.º, ver. 15.

que, pues Jesús es nombre propio de Cristo, y nombre que se le puso Dios por la boca propia del Angel; por la misma razón no es como los demás nombres que lo significan por partes, sinó como ninguno de los demás, que dice todo lo *del*, y que es como una figura suya que nos pone en los ojos su naturaleza y sus obras, que es todo lo que hay y se puede considerar en las cosas». Esto lo dice Fray Luis de León en su tan bien escrita obra de los Nombres de Cristo (1).

Por ser este nombre Jesús, el nombre verdadero de Cristo, es por lo que vemos que tal nombre le daban y con él le conocían las personas del tiempo de Jesús, que con El tuvieron conversación; y también vemos que El respondía cuando con el nombre de Jesús se dirigían á su Divina Persona.

Y, comenzando por esto que Cristo reconoció de sí, diremos que, cuando la turba, mandada por los príncipes de los judíos para prender á nuestro Redentor, se presentó ante El, les preguntó: ¿A quién buscáis?, y ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Entonces Jesús les dijo: Yo soy. Y esto lo dijo por dos veces. Con lo cual bien se ve que, por un lado, ese era el nombre con que le conocía el pueblo; y, por otro, que aceptaba Jesús ser llamado de esa manera, porque ese era su nombre verdadero (2).

Con el nombre de Jesús clamaban los enfermos pidiéndole que les concediera la salud. Preguntó el ciego de Jericó, al oír el tropel, quién pasaba, y díjole la turba que Jesús Nazareno. El ciego entonces, dando voces lastimeras, decía: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí; y como le mandaran callar, él más se esforzaba en decir: Jesús, hijo de David, ten compasión de mí. Y Jesús, atendiendo á tales ruegos, llenos de fe y de esperanza, lo curó dándole la vista (2).

Claro aparece en este relato que las turbas no con otro nombre que con el de Jesús conocían y llamaban á nuestro Redentor, y que Este lo daba por bueno y hasta por único, como su nombre verdadero.

Pero en donde más públicamente se conoció esto que venimos diciendo, fué en los tanteos que hizo Pilatos ante el pueblo judío

(1) Libro 3.º, párrf. 4.º

(2) San Juan, capt. 18, ver. 4.

* (3) San Marcos, capt. 10, ver. 47.

y en medio de la plaza de Jerusalén, para evitar la condenación de Jesús.

Estando los príncipes de los judíos y el pueblo, congregados, díceles Pilatos: ¿A quién queréis que os ponga en libertad, á Barrabás ó á Jesús, que se llama (también) Cristo?..... Y ellos dijeron: A Barrabás: Y les volvió á preguntar Pilatos: ¿Que haré, pues, de Jesús, que se llama Cristo? Mas ellos, con más fuerza, exclamaban diciendo: Que sea crucificado. Pilatos, en vista de que nada adelantaba... les entregó á Jesús azotado para que lo crucificasen; pero mandó poner en la cruz este escrito: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos* (1).

A este acto concurren todas las clases sociales de aquel pueblo hipócrita y sanguinario, y concurren el Pretor, los centuriones y soldados romanos, y todos á una estaban convencidos de que aquel hombre se llamaba Jesús; y para mayor publicidad pusieron este nombre en la causa escrita sobre el instrumento de su suplicio.

Que los discípulos conocían al divino Maestro con el dulcísimo nombre de Jesús, tan probada cosa es que no es necesario recordarla.

Con el nombre de Jesús dan comienzo á sus Evangelios; ese nombre invocan para obrar sus milagros; ese nombre pronuncian cuando consuman el sacrificio del proto-martirio; ese nombre predicán entre las naciones, y ese nombre, que es nombre del Crucificado, se glorían de saber, y de no saber otra cosa que ese amable y augusto nombre (2).

(Continuará).

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica XI después de Pentecostés

El Evangelio de la presente dominica comienza dándonos una idea de los trabajos y penalidades que se tomaba Cristo Nuestro Señor para prodigar á los hombres, no sólo la salud de los cuer-

(1) San Juan, cap. 19, y los demás Evangelistas en la Historia de la Pasión.

(2) San Mat., 1, 1; Act. 3, 6 y 7, 58, y 1.^a Cort. 2, 2.

pos, sino muy principalmente la salud de las almas, y al efecto nos dice á todos: *Saliendo otra vez Jesús de los confines de Tiro, fué por Sidon al mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápolis.* Es decir, que su corazón amoroso no sosegaba un punto, andando de una á otra parte, como si toda su felicidad consistiera en hacer bien á los hombres y llevarlos al cielo. *Y le presentaron un hombre sordo y mudo, suplicándole que pusiese la mano sobre él;* esto es, que le curara. Donde es mucho de notar, no sólo la caridad de aquellas gentes para con aquel pobre enfermo, al llevarle á Jesús y rogar por él, sino aún más, la grandísima confianza que en el divino Salvador tenían; pues juzgaban que sólo con poner su mano sobre el enfermo quedaría curado. ¡Hermosa lección la que aquí nos da el presente Evangelio, la cual todos los cristianos debemos aprender y practicar! Hay entre nosotros, por desgracia, muchos hombres sordos y mudos en el espíritu que no oyen las voces con que el misericordiosísimo Jesús les llama á penitencia, ni las santas y dulces insinuaciones de la gracia divina, ni la Palabra de Dios que les predica el sacerdote, ni la voz de su conciencia que les grita inexorable acusándoles sus graves desórdenes. Deber nuestro es, á lo menos por caridad, procurar llevarlos á Jesús y rogarle que extienda su mano bendita sobre ellos para que oigan y hablen como el sordo-mudo de nuestro Evangelio, confesando con dolor sus pecados y oyendo saludables consejos.

Sabemos, y está á la vista de todos, que hay en nuestras sociedades multitud de hombres desdichados que, dejándose llevar de sus pasiones, se hacen sordos, mudos y ciegos en todo cuanto se refiera á las verdades sacrosantas de nuestra adorable Religión y á la eterna salud de sus almas.

Mas porque bien se entienda que aun esos mismos, por endurecidos que se hallen sus corazones, pueden salvarse, si quieren, el mismo Salvador insinuó los medios que á ellos les conviene emplear en conformidad con aquellos de que El usó en la curación milagrosa del sordo-mudo de nuestro Evangelio.

¿Qué hizo allí el Señor? Lo primero, dice el sagrado texto, fué apartarle de la multitud de las gentes. *Apprendens eum de turba seorsum.* Esto es lo que debe hacer todo hombre para convertirse á Dios: apartarse de la multitud de las gentes. Querer permanecer en los laberintos del mundo, frecuentando las mismas casas, los

mismos espectáculos públicos y las mismas compañías que antes nos incitaban al pecado, entregándonos por completo á los deleites de la propia carne y al mismo tiempo llevar camino de salvación, es imposible, como imposible es que no arda la estopa si se le aplica fuego. No es posible dividirse entre Dios y el mundo, entre Dios y nosotros mismos, pues el señorío de Dios no tiene límites; por eso dice El mismo: *Qui non est mecum contra me est. El que no está conmigo está contra mí.* Porque el que se halla embellecido y entusiasmado con las vanidades del mundo, no puede menos de faltar á los deberes que Dios y la Religión exigen de él. Escrito está que ninguno puede servir á dos señores. No es decir con esto que nos hayamos de retirar á los desiertos y hacer una vida heremítica, ó bien retirarnos á las soledades del claustro, no; pues aunque esto sería lo más seguro, sin embargo, en todos los estados podemos servir á Dios Nuestro Señor; por eso sólo exige de nosotros que no sirvamos al mundo engolfándonos en los desórdenes del siglo, y siendo panegiristas de sus vanidades, de sus pompas, de los deleites y placeres, como lo prometimos en la pila bautismal. Y esto sería no obrar de una manera exagerada, sino obrar con sabiduría, rectitud y cordura. Porque ¿cuál es el negocio más importante que tenemos que tratar en este mundo? ¿No es el de la salvación de nuestras almas? Precisamente á eso hemos venido á esta vida. Nuestro fin es el encontrar á Dios en el Cielo, después de haberlo buscado en la tierra, después de poner los medios conducentes á dicho fin; ese es nuestro único y principal negocio. *¿De qué serviría al hombre,* exclama el hijo de Dios, *ganar todo el mundo si pierde su alma?* ¿Y habrá alguno tan fuera de juicio que se forje la ilusión de ir al cielo por el camino torcido de las vanidades y diversiones del mundo? Apelo á vuestro juicio, y termino diciendo: El pecador que quiera arrepentirse y sanar de sus dolencias espirituales, lo primero que debe hacer es entregarse á Dios, apartándose del trato y amistad con los mundanos. Esta fué la primera diligencia que hizo el Señor para sanar al sordo-mudo. Apartarle de la multitud de las gentes.

Vengamos á la segunda, que fué introducirle los dedos en el oído, como diciéndole: Ahora que ya estás separado del mundo y de sus máximas corruptoras, oye: oye para que tengas fe, porque la fe entra por el oído, *fides ex auditu.* Oye, porque la fe te es necesaria; sin fe es imposible agradar á Dios; oye, para que creas, porque

el justo vive de la fe, y sólo vive espiritualmente el que tiene fe, porque *el que no cree se condenará*. Añade el sagrado Evangelista que acto seguido el Señor, escupió en la lengua al sordo-mudo y la tocó, no porque tuviera necesidad de ello para obrar el prodigio de la curación, sino para hacernos comprender, dice Teofilacto, que todas las partes de su cuerpo, por la unión que tienen con la divinidad, pueden ser eficacísimas para la curación de las enfermedades; aun la misma saliva. Luego añade el texto sagrado que Jesús elevó los ojos al cielo para darnos ejemplo de que elevemos el espíritu á Dios en todas nuestras necesidades. Del cielo reciben los hombres el oído de la fe, y la lengua para alabar á Dios, y la salud los enfermos, y el que quiera sanar, déjese de mirar á la tierra y levante su vista al cielo, porque del cielo viene todo don perfecto. Después, Jesús *lanzó un gemido*, no porque El tuviera necesidad de suspirar para obtener la curación de su Eterno Padre, puesto que El, en cuanto Dios, obra juntamente con el mismo Padre, sino para darnos ejemplo de penitencia al implorar del Señor, ora el perdón de nuestros pecados, ora misericordia para con los pecadores.

¡Cuán tierno y compasivo se muestra en esta ocasión el Corazón de Jesús! Tengamos también nosotros el corazón compungido por nuestras culpas, y no tengamos miedo, que el Señor jamás nos desechará. *Cor contritum et humiliatum Deus non despicies*.

A la elevación de sus ojos, y al gemido de su corazón, acompañó el mandato, diciendo con imperio *Effetha* que quiere decir: Sé abierto, y al punto fueron abiertos los oídos y suelta la lengua del sordo-mudo.

Esta curación es un símil de lo que acontece con los pecadores en el sacramento de la Penitencia. Tan luego como el hombre habla confesando sinceramente sus pecados, y tan luego como el sacerdote pronuncia las palabras de la absolución, se abren los oídos espirituales del penitente, queda desatada su lengua, queda limpia y pura su alma, oye en adelante con gusto la voz de Dios y de sus ministros, habla con deleite de las misericordias divinas y de todo cuanto se refiere á la eterna salvación, teniendo sus complacencias en alabar y glorificar al Señor como lo hizo el sordo-mudo, no cansándose de repetir una y mil veces que Jesús lo hizo todo bien *Omnia bene fecit*: á los sordos ha hecho oír y á los mudos hablar.

¡Qué cambio tan dichoso se obró en el sordo-mudo de nuestro Evangelio! Pero, ¿qué comparación hay con la felicísima transformación que el pecador recibe cuando se confiesa con las disposiciones debidas? ¿Quién no sabe que el alma, libre ya del peso de los pecados mortales, cobra alas como de paloma para volar al cielo y que, de hija del diablo por la culpa, instantáneamente pasa por la gracia á ser hija de Dios y heredera del cielo? Y siendo esto así, ¿es posible que haya cristianos tan enemigos de sí mismos que quieran permanecer en pecado mortal y afiliados á las banderas de Satanás?

Tengamos ánimo para pelear las batallas del Señor, acudamos al Señor humildes y contritos, que El nos dará armas y fuerzas para combatir á todos los enemigos; El nos curará al punto de todas nuestras miserias espirituales; El nos apartará de las gentes mundanas cuando haya peligro de pecar; El abrirá nuestros oídos para todo lo bueno; El desligará nuestra lengua para que siempre hable rectamente; El levantará sus ojos por nosotros; El nos otorgará benigno la virtud de lo alto; El ejercerá su imperio amoroso en todas nuestras potencias y sentidos, y nosotros, agradecidos como el sordo-mudo del Evangelio, publicaremos diariamente las magnificencias de Jesucristo, alabaremos día y noche su santo nombre, y á imitación suya lo haremos todo bien, es decir seremos perfectos y santos.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

La justicia es una virtud que induce á dar á cada uno lo que le pertenece (1): su oficio es establecer y conservar la igualdad en los tratos, sobre lo cual estriban y descansan la paz pública y privada. Si cada uno supiera contentarse con lo suyo sin apetecer lo de los demás, no habría guerras ni discordias. Esta virtud, absolutamente necesaria, obliga en especial á dar al alma lo que le corresponde: sus alimentos y remedios; al cuerpo lo que le atañe, el sustento y el vestido: obliga también á vender á justo precio, á respetar compromisos contraídos, á reparar daños y quebrantos

(1) S. Aug., De Civit. Dei, lib. XIX, c. 21.

irrogados; obliga á los gobernantes á administrar universal justicia, pues á este fin ejercen el mando, y á conferir empleos, honras y dignidades, no por favoritismo, sino por mérito; obliga á las naciones á guardar entre sí las reglas de la equidad, á no trabar guerras sin competentes motivos, á respetar aun en legítima guerra, los fueros de la humanidad según los estableció el Cristianismo entre los pueblos civilizados, y por fin, obliga al hombre á rendir á Dios el homanaje que le debe; de aquí aquel fundamental precepto del Maestro Divino: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (1).

Resulta, pues, que la justicia abraza todos los deberes de los hombres, ya sea en relación consigo mismos, ya en relación con los demás y con Dios, obligándoles á ser justos con su alma y su cuerpo, y con el alma y cuerpo de sus hermanos. Es, por lo tanto, madre de las virtudes siguientes: 1.º la *religión*, que rinde á Dios el culto supremo interno y externo, abarcando la fe, la esperanza, la caridad, la devoción, la oración, la adoración, el sacrificio, el juramento, el voto y la alabanza; 2.º la *piEDAD filial*, que obliga á prestar las atenciones, los afectos y las honras convenientes á aquellos que, después de Dios, son los autores de nuestros días, como padres, abuelos y parientes; 3.º la *obediencia*, que sujeta nuestra voluntad, al igual que nuestro cuerpo, á los superiores en el orden espiritual ó en el temporal; 4.º la *veracidad*, que veda engañar á los demás con maliciosas palabras; 5.º la *gratitud*, que impele á corresponder á los favores recibidos, por medio de nuestros sentimientos, actos y palabras, desde Dios hasta la más pequeña de las criaturas; 6.º la *amistad*, que inspira afecto y buena voluntad hacia todos aquellos que nos distinguen con ella.

Los vicios contrarios á la virtud de la justicia son igualmente de dos clases, unos por exceso, y otros por defecto (2). Pertenecen á los primeros la *superstición* y el *fanatismo*, que exageran y desnaturalizan el culto que á Dios se debe; la *usura* en los contratos, y la *prodigalidad*, que traspasan los derechos relativos á los bienes ajenos ó á los propios. Los segundos son la *irreligión*, á que se refieren la *impiedad* y el *indiferentismo*, la *dureza de corazón* y de palabra hacia los padres, la *desobediencia* á los superiores, la *ingratitude* á los bienhechores, la *mentira* hacia nuestros semejan-

(1) Matth., XXII, 21.

(2) D. Thom., 1, 2, q. 65, art. 4.

tes, la *enemistad* hacia los amigos, y, en fin, para decirlo de una vez: la *injusticia*, propiamente dicho, que se manifiesta de dos maneras: ó apoderándose del bien del prójimo, ó pagando menos de lo que se debe y exigiendo más de lo que se acredita, ó bien siendo demasiado rígido en reclamar derechos; pues en muchos casos se ha de atenuar la justicia con la compasión.

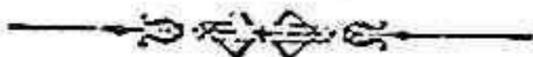
Ya que á todos importa observar la justicia so pena de eterna condenación, necesario será conocer los medios de granjear esta virtud: estos medios son: 1.º la oración; 2.º el apego de los bienes temporales; 3.º la limosna; 4.º la humildad, por cuanto el orgullo y el egoísmo son causas directas de la irreligión, del fraude y de todos los vicios contrarios á la justicia, considerada en su mayor extensión.

La *fortaleza* es una virtud que nos hace superiores á los obstáculos que se atraviesan para practicar el bien y sufrir el mal (1): su oficio primero es hacernos emprender y llevar á cabo con generosidad, despreciando estorbos y peligros, lo que se nos manda respecto á nuestros deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo. Los cristianos, que diariamente vencen las repugnancias de la naturaleza, las cobardías del corazón y las seducciones del mundo y de la carne para observar el Evangelio; los religiosos, los sacerdotes, los misioneros que se consagran al bien espiritual y corporal de los hombres; los soldados que arrastran fatigas, privaciones y hasta la muerte, son otros tantos modelos de fortaleza. Su segundo oficio es hacernos soportar cristiana y valerosamente, sin murmurar, las persecuciones, las calumnias, las injurias, las enfermedades, las penas íntimas y toda clase de tentaciones antes que ofender á Dios, hasta padecer y sufrir la muerte, si conviniere, para nuestra salvación; así que, bajo ese aspecto, los Mártires son modelos acabados de de la fortaleza.

Esta virtud es indispensable á todo cristiano. *El que lidia*, dice el Evangelio, *no es coronado si no lidiare según ley. El reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen lo arrebatan* (2).

(1) D. Thom., 2, 2, q. 123, art. 2.

(2) II Tim., II, 5; Matth. XI, 12.



CUENTO

Rodolfo y Mariana.

Un hijodalgo llamado Rodolfo había quedado viudo y sin hijos y viéndose ya de edad avanzada se retiró á una de sus posesiones para entregarse á la práctica de las buenas obras y no pensar más que en su salvación. Tenía por costumbre bajar á cierta hora con sus criados á la puerta de su castillo y dar por sí mismo, como limosna, pan, carne y dinero á los pobres que se presentaban. Entre ellos concurría una jovencita, como de once años de edad, llamada Mariana, la cual después de recibir la limosna besaba la mano de su bienhechor. Como era la única que demostraba de ese modo su reconocimiento, llamó la atención de Rodolfo que solía aumentar su limosna.

Habiendo considerado con más cuidado observó que su belleza, á pesar de sus harapos, era poco común. Es preciso, dijo entre sí, que esta pequeña tenga bellos sentimientos, puesto que de tal modo reconoce el beneficio recibido, y quiero portarme bien con ella, pero antes he de someterla á alguna prueba.

A la mañana siguiente, Mariana se presentó como de costumbre. Rodolfo dió su limosna á los que estaban cerca de ella y nada la dió. Cuando ya no había nadie más, la dijo: «No hay más que repartir: todo se ha acabado». No por esto dejó la muchacha de adelantarse hacia él y besar su mano.

¡Bien va esto, se dijo Rodolfo; pero veremos mañana.

A la mañana siguiente pasó también desapercibida y cuando estaba solo con ella, se mostró airado y la dijo con ademanes bruscos: «Ya se ha acabado la limosna». No por eso dejó de adelantarse y besarle la mano. Rodolfo estaba encantado. Seguramente, dijo, me es doloroso someter á esta chiquilla á una tercera prueba; pero tampoco lo perderá; pues si la sufre, no habrá bien que yo deje de hacerla.

Al otro día igual escena: se prescindió de Mariana y se socorrió á los otros pobres, y cuando quedó ella sola: «Hija mía, la dijo Rodolfo, no ha quedado nada». La pequeña se portó como los días anteriores, adelantóse hacia él y le besó la mano. Entonces Rodolfo la dijo: «Hija mía, sigue á los criados, ve á la cocina y que te den de comer». «Señor, replicó ella con ingenuidad, no es tanto por mí por quien yo pido limosna, como por una pobre

mujer que me tiene recogida en su casa y á quien debo la educación; preferiría que, en vez de darme de comer, dispusieseis que vuestros criados me diesen algo que yo pudiera llevarla».

«Marcha, mi querida niña, dijo Rodolfo, marcha á comer. Cuando hayas comido, hablaremos y haré que te den algo para esa pobre mujer».

Terminada que fué la comida, Rodolfo en persona bajó á la cocina, y sentándose en ella, hizo entrar á Mariana que se hallaba en la puerta. «Mariana, la dijo, ¿qué has pensado tú de mi en estos dos últimos días en que nada te he dado?» «Señor, contestó, no he pensado nada». «No, dijo Rodolfo, quiero que con franqueza me digas tus pensamientos»: «Señor, puesto que tales son vuestros deseos, obedeceré. Pensé que esto sería ocasionado por una casualidad; que sería la voluntad de Dios... y en todo caso que habría necesidad de resignarse y tener paciencia; que si, por el contrario, lo hacíais de intento, sería para bien mío y tendríais sobre mí designios que me serían más favorables». «Pero, cuando el segundo día aparecí incomodado y te hablé con malos modos, ¿qué pensaste?» «Señor, replicó ella, esto me hizo comprender que vuestra conducta era intencionada y me conformé resignada y esperé mucho bien de vuestros propósitos».

«¿Es posible, exclamó Rodolfo, volviendo la vista á sus criados, que prestaban toda su atención á esta escena, es posible que se abriguen tales pensamientos en una muchacha de su edad? Pero, ¿y si yo, añadió dirigiéndose á ella, hubiese continuado mucho tiempo observando esta conducta?» «Señor, dijo ella, yo hubiera esperado».

«Ve, mi querida Mariana, dijo Rodolfo, lleva de comer á esa buena mujer y dile que cuando haya comido venga aquí acompañada de ti, pues necesito hablarla».

No, es necesario entrar en detalles sobre lo que después ocurrió; porque entonces esta historia tomaría el carácter de una novela. Baste saber que Rodolfo pudo cerciorarse por medio de esta mujer, que Mariana era hija de un noble caballero, amigo suyo, que había muerto de pena por la pérdida de un proceso que contra él habían seguido los herederos de su mujer y que le había reducido á la miseria.

Rodolfo hizo que aquella buena mujer aceptara hospitalidades en su casa; educó á Mariana según su clase; la amó como á

una hija y después de algún tiempo la casó con un sobrino suyo, declarándola además heredera de todos sus bienes.

¡Cuán conmovedora es esta historia! Fijemos en ella un momento nuestra atención y sacaremos provechosas instrucciones. En la bondad de Rodolfo veremos una ligera imagen de las bondades de Dios y sus designios hacia nosotros; y en la conducta de Mariana aprenderemos la conducta que debemos observar respecto á Dios.

Dios nos da á todos con abundancia; démosle gracias. Si á otros concede más que á nosotros, démosle también gracias y besemos su mano. Estemos persuadidos que en todas las aflicciones que nos envíe, tiene sus designios hacia nosotros, que nos son favorables, y besemos su mano. San Pablo nos da un resumen de la vida espiritual recomendándonos la acción de gracias á Dios por Nuestro Señor Jesucristo. Lo que agota para nosotros el manantial de bienes y de gracias es nuestra ingratitude. ¿No sabéis, dice San Pedro, que la herencia celestial es el fruto de vuestra paciencia? Si pues deseáis alcanzar aquella eterna dicha, sed reconocidos. Por vuestra gratitud llegaréis á tener á Dios por Padre, á Jesucristo por Esposo y al cielo por vuestra herencia.

(Parábolas del P. Buenaventura).



Liturgia.

(Conclusión).

En todos tiempos ha recurrido el hombre á la ceniza para expresar sus sentimientos de penitencia: y es porque ha comprendido la relación que existe entre este ser que la llama pulveriza y el hombre pecador á quien ha de visitar el fuego de la divina justicia. Aguardando la hora en que la justa sentencia pronunciada por Dios contra el primer hombre ha de tener en él su cumplimiento y ha de convertirle de nuevo en polvo, quiere á lo menos poner su alma á cubierto de los terribles dardos de la venganza celeste. He aquí que recurra á la ceniza, reconozca la triste fraternidad que á ella le liga, y pretenda de esta manera detener la cólera de Aquél que perdona á los humildes y resiste á los soberbios.

La ceniza debe estar seca y reducida á polvo (*in modum pulveris*, S. R. C., 23 Mayo 1603 ad 3), para estar más en armonía con la fórmula: «Acuérdate, hombre, que eres polvo». Debe ha-

cerse de las palmas y ramos de oliva que el Clero y fieles llevan en triunfo el Domingo de Ramos, por ser estas palmas el símbolo de la victoria de Jesucristo. Esta ceniza, pues, que es resto de la gloria de Cristo, es por lo mismo semilla de la gloria que nos espera en el cielo. Hacer que renazca en el corazón de sus hijos la humildad, á la vez que la esperanza de la gloria eterna, tal es el pensamiento íntimo que guía á la Iglesia al imponer la ceniza. La sentencia dada contra Adam y Eva cae sobre nosotros: Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que en polvo te has de convertir. Para todos, grandes y pequeños, sabios é ignorantes fué su origen el polvo. Aun más, nuestro nombre de hombre recuerda nuestro origen: *hombre* del latín *humus* quiere decir *tierra*. Sacados del polvo, de él conservamos un elemento en nuestra propia sangre. La ciencia moderna ha descubierto por el análisis un elemento terroso, y un día hemos de convertirnos en polvo: ¿Qué quedará de nosotros? Un puñado de polvo.

Pero al lado de la humildad, la esperanza cristiana ocupa también aquí su puesto. Se impone la ceniza en forma de cruz, para indicar que Jesús ha vencido de la muerte, y que el polvo ha venido á ser por la Redención el principio de una vida gloriosa é inmortal.

Antiguamente imponíase la ceniza sobre la cabeza: por ello se ha conservado esta costumbre para el Clero: en el día de hoy recíbenla los fieles sobre la frente.

Al celebrante se le impone estando de pie, por ser en el altar el representante de Nuestro Señor Jesucristo: pero de no haber otro Sacerdote que practique esta ceremonia, entonces él mismo se la impone estando de rodillas y sin pronunciar la fórmula usada en dicho acto: de cualquier manera él la recibe de Jesucristo, ante quien toda rodilla debe doblarse.

La Iglesia, en la Misa de este día, invita á los fieles al ayuno. Toda la economía litúrgica de este día tiende á hacernos conocer la virtud de expiación anexa al ayuno, á la vez que enseñarnos la manera como hemos de ayunar. En la estación cuadregesimal teniendo directamente por objeto el ayuno, es conveniente que la Iglesia nos hable en primer lugar del ayuno al abrirse la santa Cuaresma.

Así la Epístola tomada del profeta Joel expone la eficacia del ayuno, mientras que en el Evangelio Nuestro Señor nos dice cómo hemos de ayunar, si queremos ser agradables á los ojos de Dios. «Y cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas. Porque desfiguran sus rostros para hacer ver á los hombres que ayunan» (1).

El Miércoles de Ceniza con los tres días siguientes forman una como especie de epílogo ó de introducción á la Cuaresma.

(1) Matth., VI, 46.

La Iglesia nos proporciona las instrucciones necesarias para pasar santamente la Cuaresma, insistiendo sobre el deber que tenemos de orar y dar limosna después de habernos también impuesto la obligación del ayuno.

En la Misa del jueves, nos recuerda la Iglesia la obligación de la oración. La Epístola tomada del profeta Isaías nos pone de manifiesto la eficacia de la oración con el ejemplo del piadoso Rey Ezequías, quien á las puertas del sepulcro, obtiene por sus oraciones mezcladas con lágrimas la prolongación de su existencia por quince años. El Evangelio cita al Centurión, que por su oración humilde y llena de fe, obtiene la curación de su servidor, mereciendo la admiración del Hijo de Dios.

Un tercer deber se nos impone en la misa del Viernes, y es la limosna. La Epístola, como la del día anterior tomada del profeta Isaías, manifiéstanos las disposiciones en que debe cumplirse el ayuno, haciéndonos ver que nada vale á los ojos de Dios el ayuno de alimentos materiales, si á más del sacrificio del cuerpo no ofrecemos también á Dios el ayuno espiritual de nuestra alma que consiste en la enmienda de la vida y en huir de todo aquello que es malo, buscando, en cambio, toda clase de obras buenas. En el Evangelio indicásenos el modo con que hemos de cumplir el deber de la limosna: «Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda, lo que hace tu derecha».

La Misa del Sabado es como la recapitulación de los tres días precedentes. La Epístola es un pasaje de Isaías, cuyo fin principal es alentarnos á la práctica del ayuno, de la oración y de la limosna, mostrándonos el descanso eterno que ha de obtener nuestra alma de esta manera santificada. El Evangelio es el de la tempestad, que calma Jesús, para darnos á entender que estamos seguros de salir triunfantes de todas nuestras pruebas, siendo una preparación al Evangelio del siguiente día, que es el de la tentación.

Noticias generales.

El día 7, á las seis de la tarde, después de larga y penosa enfermedad, falleció el virtuoso Prelado de Almería, Ilmo. Señor Don Santos Zárate.

Fué presentado para gobernar dicha diócesis en 10 de Enero de 1887, preconizado en 17 de Marzo y consagrado el 6 de Noviembre del mismo año.

Tomó posesión de dicha Sede el 30 de Noviembre.

Nació en Montes de Oca (Burgos) el 1.º de Noviembre de 1830;

contaba setenta y seis años de edad y era estimadísimo por sus virtudes y afable carácter.

Dejó dispuesto en su testamento que no se embalsamara su cadáver, verificándose el entierro el día 8 en la capilla de San Ildefonso, de la Catedral.

El Señor haya acogido en su seno el alma del virtuoso Prelado.

*** En Frailes (Jaén) tuvo lugar el día 21 del pasado un hecho altamente consolador, celebrándose el bautizo de siete hijos del famoso espiritista D. Antonio Garrido López, antiguo comerciante del pueblo citado.

Los niños, entre los cuales hay tres que pasan de los diez años, fueron preparados por los Sres. de Molina, acaudalados comerciantes de Priego, ayudados por el señor cura párroco don Juan José Sánchez, y bautizados por el coadjutor D. Francisco Ruiz.

Al día siguiente se celebró fiesta solemne, en la que comulgaron los tres mayores.

¡Que el Señor conceda á los nuevos cristianos su gracia santificante!

Santorial.

Día 19, Domingo XI después de Pentecostés. S. Joaquín, padre de Nuestra Señora; Stos. Julio, mártir; Andrés y comps. mrs.; Mariano, cf.; Magín, mr.; Sta. Tecla, mr.

Día 20, lunes. Stos. Bernardo, ab., dr. y fund.; Samuel, prof.; Leovigildo, Cristóbal, monj. mrs.; Santa Fucelda, vg.

Día 21, martes. Stos. Privato, ob. y mr.; Euprepio y Cuadrato, obs.; Juan, mr.; Stas. Juana Fremiot, vda. y fund.; Ciriaca, viuda y mr.

Día 22, miércoles. Stos. Hipólito y Atanasio, obs. y mrs.; Fili-

berto, mr.; Bernardo de Offida, cf. Sta. Antusa, mr.

Día 23, jueves. Stos. Felipe Benicio, cf.; Quiriaco, ob. y mr.; Eleázaro con ocho hijos mrs.; Lupe ó Lope, mrs.; Stas. Fructuosa, Domíla, Teonila, mrs.

Día 24, viernes. Stos. Bartolomé, ap.; Ptolomeo y Román, obispos mrs.; Jorge Limbiota, monje mártir; Sta. Aurea, vg. mr.

Día 25, sábado. Stos. Luis, rey de Francia; Geroncio, ob. y mr.; Ginés, notario y mr.; Ginés, cómico y mr.; Sta. Patricia, vg.